—Bendito seais, hermano mio, porque ya no dudo que vos érais su amigo.

—A propósito, olvidaba una cosa.

—¿Cuál, hermano?

—Me ha recomendado busque un dedo que ha debido serle cortado al mismo tiempo que su cabeza, y que lo reuna á sus santas reliquias.

—Bien me ha dicho á mí tambien que encontraria en su sangre una pequeña arista de paja, y me ha mandado la guarde con cuidado en la mas pequeña de las dos vinajeras.

—Busquemos.

—No debe estar lejos.

—Felizmente la luna nos alumbra.

Tambien era un beneficio del santo, porque hacia un mes estaba el cielo cubierto de nubes.

—He aqui el dedo que buscaba yo.

—He aqui la arista de que me ha hablado.

Y mientras el anciano de Pouzzoles colocaba en un cofre el cuerpo y la cabeza del mártir, la anciana napolitana, piadosamente arrodillada, recogia con una esponja hasta la última gota de su preciosa sangre, y llenaba con ella las dos vinajeras que el santo la habia dado con aquel objeto.

Esa misma sangre es la que hace quince siglos entra en ebullicion siempre que se aproxima á la cabeza del santo, y en esa ebullicion prodigiosa é inesplicable es en lo que consiste el milagro de San Genaro.

He ahi lo que Dios hizo de San Genaro; ahora veamos lo que hicieron de él los hombres.

XX.

SAN GENARO Y SU CÓRTE.

No seguiremos las reliquias de San Genaro en las diferentes peregrinaciones que han verificado, y que las condujeron de Pouzzoles á Nápoles, de Nápoles á Benevento, y al fin las volvieron á llevar de Benevento á Nápoles; esta narracion nos arrastraria á la historia de la edad media toda entera, y se ha abusado tanto de esta interesante época, que comienza singularmente á pasar su moda.

Desde principios del siglo XVI data tan solo el que San Genaro tenga un domicilio fijo é inmueble, del que no sale mas que dos veces al año para ir á verificar su milagro desde la catedral á Santa Clara. Otras dos ó tres veces suelen incomodar por casualidad al santo, pero se necesita sobrevengan esas grandes circunstancias que conmueven un imperio para hacerle salir de sus hábitos sedentarios; y cada una de estas salidas llega á ser un acontecimiento cuyo recuerdo se perpetúa por tradicion oral, y adquiere inmensas proporciones en la memoria del pueblo napolitano.

En el arzobispado, en la capilla del Tesoro, es donde permanece todo el año San Genaro. Esta capilla fué edificada por la clase media y los nobles napolitanos: es el cumplimiento de un voto que hicieron simultáneamente en 1527 horrorizados por la peste que asolaba aquel año la muy fiel ciudad de Nápoles. Cesó la peste, gracias á la intervencion del santo, y la capilla fué edificada como una señal del público reconocimiento.

Al contrario de lo que sucede con los que suelen hacer votos, que cuando el peligro ha pasado olvidan el santo á quien se han encomendado, los napolitanos quisieron cumplir con tal conciencia el compromiso que habian contraido con su patrono, que habiéndoles ofrecido doña Catalina de Sandoval, esposa del anciano conde de Lemos, virey de Nápoles, contribuir por su parte con una suma de treinta mil ducados para la construccion de la capilla, rehusaron aquella suma, declarando que no querian dividir con ningun estrangero, aunque fuese su virey ó su vireina, el honor de alojar dignamente á su santo protector.

Asi que como no faltó ni dinero ni celo, la capilla estuvo al punto edificada; es verdad que para mantenerse mútuamente en buena armonía, nobles y clase media habian contraido una obligacion, la cual aun hoy existe, ante maese Vicencio di Bossis, notario público; esta obligacion tiene la fecha de 13 de enero de 1527: los que en ella han firmado se comprometen á aprontar para los gastos del edificio la suma de trece mil ducados; pero parece que desde aquella época habia que empezar ya á desconfiar del presupuesto de los arquitectos: la puerta sola costó ciento treinta y cinco mil francos, es decir, una suma triple de la que estaba calculada para los gastos generales de la capilla.

Terminada esta, decidieron llamar para adornarla de frescos que representasen los principales hechos de la vida del santo, á los primeros pintores del mundo. Desgraciadamente, esta decision no fué aprobada por los pintores napolitanos, que decidieron á su vez que la capilla no seria exornada mas que por artistas indígenas, y juraron que cualquier rival que respondiese al llamamiento hecho á su pincel, se arrepentiria de ello cruelmente.

Sea que ignorasen este juramento, sea que no creyesen en su ejecucion, acudieron al punto el Dominiquino, el Guido y el caballero de Arpino; pero el caballero de Arpino se vió obligado á huir antes de haber cogido el pincel en la mano; el Guido, despues de dos tentativas de asesinato, de las que escapó por milagro, abandonó tambien á Nápoles: solo el Dominiquino, acostumbrado á las persecuciones por las que habia ya sufrido, cansado de una vida que sus rivales le habian hecho tan

triste y dolorosa, no hizo caso de insultos ni amenazas, y continuó pintando. Hizo sucesivamente la Muger curando á una multitud de enfermos con el aceite de la lámpara que arde delante de San Genaro, la Resurreccion de un jóven, y la cúpula, cuando un dia se sintió malo en el andamio: lleváronle á su casa; estaba emponzoñado.

Entonces los pintores napolitanos se creyeron libres de toda competencia; mas no era asi: una mañana vieron llegar á Gessi, que iba con dos de sus discípulos para reemplazar al Guido, su maestro; ocho dias despues, los dos discípulos, atraidos á una galera, habian desaparecido sin que jamás desde entonces se volviese á oir hablar de ellos; entonces Gessi abandonado, perdió su valor y se retiró á su vez; y el Españoleto, Cosenzio Lafranco y Stanzoni, se encontraron únicos dueños de aquel tesoro de gloria y porvenir á cuya posesion habian llegado por medio de crímenes.

Entonces fué cuando el Españoleto pintó el Santo saliendo del horno, composicion titánica; Stanzoni la Endemoniada libertada por el santo, y en fin, Lafranco la cúpula, en la que se negó á poner su mano mientras no se borrasen completamente los frescos empezados por el Dominiquino en los ángulos de las bóvedas.

Las reliquias del santo se confiaron á aquella capilla, donde el arte habia tenido sus mártires.

Estas reliquias se conservan en un nicho colocado detrás del altar mayor; este nicho está separado por un compartimiento de mármol, á fin de que la cabeza del santo no pueda mirar su sangre, cosa que podria hacer verificar el milagro antes de la época fijada, puesto que por el contacto de la cabeza y de las vinajeras es por lo que la sangre coagulada se liquida. En fin, está cerrado por dos puertas de plata maciza, en las que están esculpidas las armas del rey de España Cárlos II.

Estas puertas están cerradas con dos llaves, guardada la una por el arzobispo y la otra por una junta sacada á la suerte entre los nobles, que se llaman los diputados del Tesoro. Se ve, pues, que San Genaro goza de la misma libertad de los dux, los cuales jamás podian pasar mas allá del recinto de la ciudad, y no salian de su palacio sino con el permiso del senado. Si esta reclusion tiene sus inconvenientes, tambien tiene sus ventajas: San Genaro consigue de ese modo no verse incomodado á todas las horas del dia y de la noche como un médico de aldea: asi los que le custodian conocen perfectamente la superioridad de su posicion sobre sus colegas los custodios de otros santos.

Un dia que el Vesubio hacia de las suyas, y que la lava, despues de haber devorado á Torre del Greco, se encaminaba muy suavemente hácia Nápoles, hubo gran conmocion en esta ciudad: los lazzaroni, que eran los que menos tenian que perder en todo aquello, fueron al arzobispado y comenzaron á gritar para que se sacara la cabeza de San Genaro y se la llevase al encuentro de la inundacion de llamas. Pero no era cosa fácil concederles lo que pedian: San Genaro estaba encerrado bajo dos llaves, y una de ellas estaba en poder del arzobispo, que en aquel momento se hallaba recorriendo la Basilicata; mientras que la otra estaba en manos de los diputados, los cuales, ocupados en poner en salvo lo mas precioso que tenian, corrian unos por un lado y los demas por otro.

Felizmente el canónigo de guardia era un hombre astuto, que tenia conciencia de la posicion aristocrática que su San Genaro ocupaba en el cielo y en la tierra: subió al balcon del arzobispado, que dominaba á la plaza llena de un inmenso gentío; hizo seña con la mano de que queria hablar, y moviendo la cabeza de alto á bajo como admirado de la audacia de aquellos con quienes tenia que tratar:

—Me pareceis unos perillanes muy chuscos, dijo, viniendo aqui á gritar para que se saque á San Genaro, como pudiérais pedir á San Crispin ó á San Simon. Sabed que San Genaro es un caballero que no se incomoda por el primero que llega.

—Toma, dijo una voz salida de entre la multitud, Jesucristo se incomoda por el primero que llega, ¿cuando yo pido á Dios acaso se me niega?

—He ahí precisamente el terreno en que os esperaba, replicó el canónigo: ¿de quién es hijo Jesucristo, vamos á ver? De un carpintero y una pobre doncella, como vos y yo podriamos serlo; mientras que San Genaro es otra cosa. San Genaro es hijo de un senador y de una muger patricia; por lo tanto, ya veis, es un personage muy distinto de Jesucristo. Id, pues, á buscar á Dios, si quereis; pero en cuanto á San Genaro, yo soy quien os lo dice, aunque os reuniéseis diez veces mas en número que los que sois, y gritáseis cuatro veces mas, no se incomodará porque tiene el derecho de no incomodarse.

—Es verdad, dijo la multitud: vamos á buscar al buen Dios.

Y fueron á buscar al buen Dios, quien, menos aristócrata que San Genaro, salió de la iglesia de Santa Clara, y fué seguido de su popular acompañamiento al sitio que reclamaba su misericordiosa presencia.

En efecto, como decia el buen canónigo, San Genaro es un santo aristócrata, tiene un cortejo de santos inferiores que reconocen su supremacía, sobre poco mas ó menos como los clientes romanos reconocian la de sus patronos: esos santos le siguen cuando sale, le saludan cuando pasa, le esperan cuando vuelve á entrar: estos son los patronos secundarios de la ciudad de Nápoles.

He aquí como se recluta este ejército de santos cortesanos.

Toda cofradía, toda órden religiosa, toda parroquia y aun todo particular que trata de hacer se declare á un santo de sus amigos patronos de Nápoles, por supuesto bajo la presidencia de San Genaro, no tiene mas que hacer fundir una estátua de plata maciza de valor de seis á ocho mil ducados, y ofrecerla á la capilla del Tesoro. Una vez admitida la estátua, queda perpétuamente en la susodicha capilla: desde aquel momento goza de todas las prerogativas de su presentacion en regla. A la manera que los santos glorifican en el cielo eternamente á Dios, al rededor del que forman un coro, ellos glorifican eternamente á San Genaro. En cambio de esta bienaventuranza que les está concedida, están condenados á la misma reclusion que San Genaro; los mismos que los han donado á la capilla no pueden sacarlos de su santa prision, sino depositando en manos de un notario del santo el duplo del valor de la estátua que por gusto particular ó por interés general, se desea vea la luz del dia. Depositada la suma, sale el santo en una época mas ó menos remota. Cuando el santo vuelve á entrar, certificada su identidad, retira la cantidad depositada el propietario provisto de su recibo. De este modo hay seguridad de que los santos no se estravien, ó que si se estravian no se perderán al menos, puesto que con el dinero depositado pueden hacerse fundir dos en vez de uno.

Esta medida que parece arbitraria á primera vista, no se tomó, preciso es decirlo, sino despues de haber visto burlada su escesiva confianza el cabildo de San Genaro: la estátua de San Cayetano, que salió sin depósito, no solo no volvió el dia convenido, sino que ya no volvió mas. Quisieron echar la culpa al mismo santo, y pretendieron que habiendo sido poco aficionado á San Genaro, se habia aprovechado de la primera ocasion que se le presentó para emprender la fuga; los testigos mas respetables fueron en tropel á contradecir aquella calumniosa asercion, y hechas las competentes averiguaciones, se supo que habia sido un cochero de fiacre quien habia estraviado la preciosa estátua. Pusiéronse en persecucion del ladron, pero como llevaba dos dias de ventaja, habia segun toda probabilidad pasado la frontera, y por mas minuciosas que fueron las pesquisas, no produjeron ningun resultado. Desde aquel desventurado dia, cayó una mancha indeleble sobre la respetable corporacion de cocheros de fiacre, que hasta entonces en Nápoles, como en Francia, habian disputado á los perros de lanas la supremacía de la fidelidad, y que desde aquel momento no se atrevieron ya á hacerse retratar volviendo al domicilio del parroquiano con una bolsa en la mano. Hay mas, si entrais en disputa con el cochero de fiacre, y creeis que la discusion vale la pena de aplicar á vuestro adversario una de esas inmortales injurias que la sangre solo puede borrar, no jureis ni por la pascua de Dios, como juraba Luis XI, ni por el vientre de San Canoso, como juraba Enrique IV, jurad sencillamente por San Cayetano, y vereis á vuestro enemigo caer á vuestros pies anonadado pidiéndoos perdon, si no se levanta por el contrario, para daros una puñalada.

Como se comprende bien, las puertas del Tesoro están siempre abiertas para recibir las estátuas de los santos que desean formar parte de la córte de San Genaro, y esto sin ninguna investigacion de fecha, sin que el admitido tenga necesidad de hacer sus pruebas de 1399 ó de 1426; la única regla exigida, la sola condicion *sine qua non* es que la estátua sea de plata pura y que tenga el peso.

Sin embargo, si la estátua fuera de oro y pesara el doble, no por eso se dejaria de admitir; solo los jesuitas, que como se sabe no perdonan ningun medio de mantener ó aumentar su popularidad, han depositado cinco estátuas en el tesoro en menos de tres años.

Estos detalles eran necesarios para venir á parar al milagro de San Genaro que hace mas de mil años causa cada seis meses tanto ruido, no solo en la ciudad de Nápoles, sino en todo el mundo.

XXI.

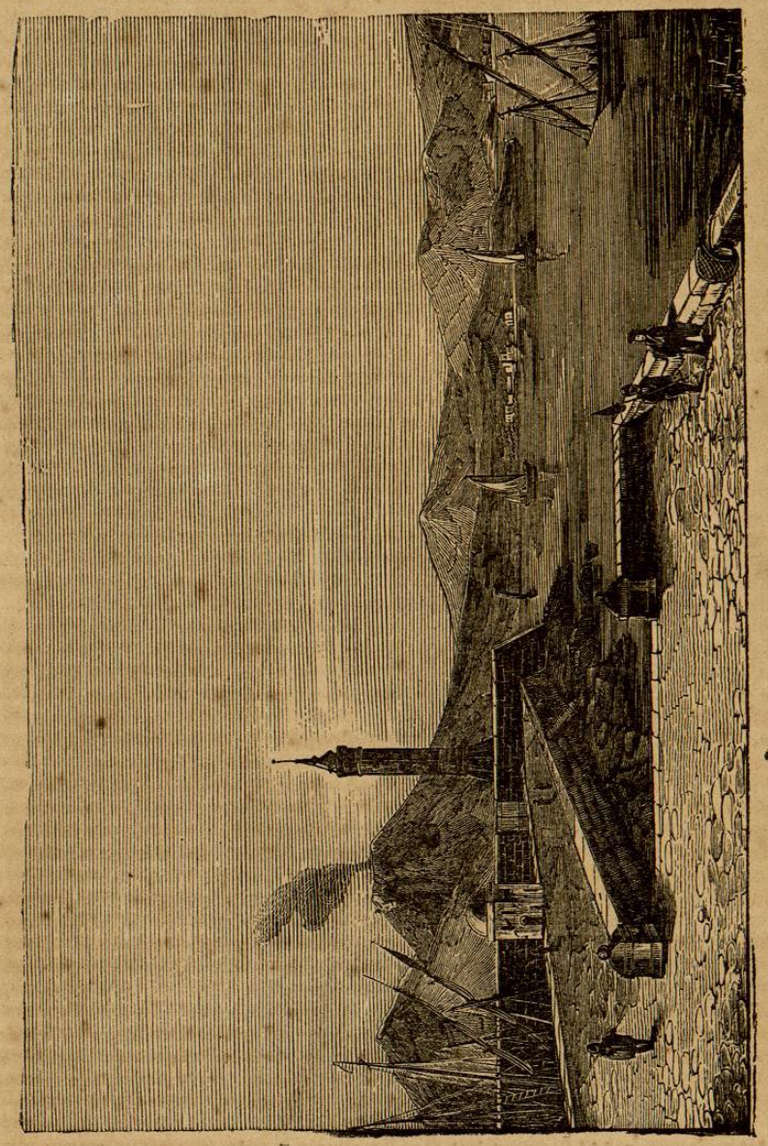
EL MILAGRO.

Felizmente nos hallábamos en Nápoles al aproximarse aquella época solemne.

Ocho dias antes empezó á notarse cierta agitacion en la ciudad, como es costumbre á la aproximacion de algun gran acontecimiento: los lazzaroni gritaban mas alto y gesticulaban mas fuerte, los cocheros se hacian insolentes, y ponian condiciones en lugar de recibirlas; en fin las fondas se llenaban de estrangeros que llevaban de Roma las diligencias ó que importaban de Civita-Vecchia y de Palermo los buques de vapor.

Habia tambien aumento de repiques; de repente una campana empezaba á tocar fuera de la hora acostumbrada: se acudia á la iglesia de donde partia aquel ruido para informarse de las causas de aquel concierto inesperado; el lazzaroni que volteaba pendiente de su cuerda, respondia sencillamente que la campana tocaba porque estaba alegre.

Por su parte el Vesubio, lanzaba un humo mas negro de dia y mas rojizo de noche: al anochecer, de la base de aquella columna de vapor que subia en espiral, y se desvanecia en el cielo como la copa de un pino gigantesco



Vista del Vesubio tomada desde el muelle de Nápoles, *pág.* 96.

se veian salir lenguas de fuego, semejantes á los dardos de una serpiente. Todo el mundo hablaba de una próxima erupcion, y á fuerza de oirla anunciar como inevitable, habiamos concluido por contar con ella y colocarla en su sitio como el programa de la funcion.

La antevispera comenzaron á desembocar en la ciudad todas las poblaciones vecinas: ya eran pescadores de Sorrento, Resina, Castellamare y de Capri con sus mas vistosos trages; ya eran las mugeres de Ischia, de Nettuno de Prócida y de Aversa, con sus mas ricos atavíos. En medio de toda esta multitud matizada, alegre, dorada, palpitante, pasaba de vez en cuando una anciana de cabellos grises esparcidos como la Sibila de Cumas, gritando mas alto, gesticulando mas que nadie, hendiendo la multitud sin inquietarse por los golpes que daba, rodeada por los demas en todo el camino de respeto y veneracion; era una de las nodrizas ó de las parientas de San Genaro: todas las ancianas, desde Santa Lucía á la Mergellina, son parientas de San Genaro y descienden de la que el ciego que recobró la vista encontró en el circo de Pouzzoles recogiendo en una redoma la sangre del santo.

Toda la noche estuvieron tocando las campanas echadas á vuelo: se hubiese dicho que un temblor de tierra las ponia en conmocion, tanto repicaban aisladas una de otras y en una independencia completamente individual.

La víspera del dia del milagro nos despertamos á las diez de la mañana por un rumor espantoso. Nos asomamos á la ventana, las calles parecian canales que rebosaban la poblacion de Nápoles y sus inmediaciones; toda aquella multitud se dirigia al arzobispado para ocupar su puesto en la procesion. La procesion va de la capilla del Tesoro, domicilio habitual de San Genaro, á la catedral de Santa Clara, metrópoli de los reyes de Nápoles y en la que el santo debe verificar su milagro.

Seguimos la multitud y nos dirigimos á la casa de Duprez, que vivia precisamente por donde pasaba la procesion, y que nos habia ofrecido un sitio en sus balcones.

Empleamos mas de una hora en andar quinientos pasos.

Felizmente la procesion que sale del arzobispado antes de ser de dia, no llega á la catedral hasta cerrada la noche: ordinariamente necesita catorce ó quince horas para verificar un trayecto de un kilómetro, sobre poco mas ó menos.

Fórmanla, como hemos dicho, no solo la ciudad toda entera, sino tambien las poblaciones comarcanas divididas por castas y cofradías. La nobleza debe marchar la primera y luego la siguen las corporaciones. Desgraciadamente, debido al carácter completamente independiente de la nacion napolitana, nadie conserva sus filas; hacia una hora estaba yo al balcon, preguntando cuando vendria la procesion á los que estaban inmediatos á mí, que estrangeros como yo se hacian unos á otros la misma pregunta, cuando llegó un napolitano y nos dijo que aquel gentío mas ó menos engalanado, aquellos artesanos empolvados de blanco, vestidos de negro, de verde, de rojo, de amarillo y de cuello de pichon, con sus calzones cortos de mil colorines, sus medias de seda, zapatos con hevillas, y que marchaban en grupos de quince ó veinte, deteniéndose para hablar con sus conocidos, haciendo alto para beber á la puerta de las tabernas; gritando para que les llevasen rajas de cocomero y vasos de sambreco, todo aquello era precisamente la procesion.

Esta noticia fué un rayo de luz: miré mas atentamente y vi efectivamente una doble hilera de soldados todo lo largo de la calle, teniendo al brazo el fusil adornado de un ramillete, y destinado como un dique á encerrar el torrente en su lecho; mision, que, á pesar de su buena voluntad y el rigor de la consigna, no podia conseguir desempeñar.

La procesion, que desde entonces reconocí ya por tal, seguia su carrera vagabunda é independiente, como la Durance, chocando sus oleadas en las casas, y con preferencia en la puerta de las tabernas; deteniéndose de repente sin que hubiese al parecer causa para aquella parada; volviéndose á poner en marcha sin que se pudiese adivinar el motivo que la volvia el movimiento, semejante, en fin, á esos rios de corrientes contrarias, cuya verdadera direccion es casi imposible conocer por ese doble movimiento.

En medio de todo esto se veia de cuando en cuando brillar el rico uniforme de un oficial napolitano, marchando con abandono, con una vela torcida en la mano y escoltado por cuatro ó cinco lazzaroni, empujándose, chocándose, derribándose, por recoger en un cucurucho de papel gris la cera que goteaba de su vela, mientras el oficial, con la cabeza erguida, sin ocuparse de lo que pasaba á sus pies, era generoso con su cera, mirando á las señoras agolpadas en las ventanas y balcones, las que como si quisieran arrojar flores en el camino de la procesion, le enviaban sus ramilletes en cambio de sus guiños.

Seguian despues, precedidos de la cruz y el estandarte, confundidos con el pueblo cuya oleada los envolvia sin cesar, aislándolos unos de otros, frailes de todas las órdenes y de todos colores: capuchinos, cartujos, dominicos, camaldulenses, carmelitas calzados y descalzos, los unos corpulentos, gruesos, redondos, pequeños, con cráneos relucientes colocados sobre anchas espaldas: estos iban hablando, cantando, ofreciendo tabaco á los maridos, dando consuelos á las mugeres embarazadas, y mirando, acaso algo mas carnalmente que lo permitia la regla de su órden, á las jóvenes agrupadas á los lados ó apoyadas en las espaldas de los soldados para verlos pasar; los otros, demacrados por el ayuno, pálidos por la abs-

tinencia, debilitados por las austeridades, levantando hácia el cielo su amarillenta frente, sus pálidas megillas y sus ojos hundidos, marchando sin ver á donde les arrastraba la oleada humana; fantasmas vivos, que se habian hecho un infierno de este mundo con la esperanza de que este infierno les conduciria derechos al Paraiso, y que en aquel momento recogian el fruto de sus dolores del claustro por el respeto religioso y de temor de que se veian rodeados.

Este es el anverso y el reverso de la vida monástica.

De vez en cuando, si las paradas eran demasiado prolongadas, ó el desórden demasiado grande, el maestro de ceremonias soltaba contra los rezagados á sus espolistas armados con una larga vara de ébano, como hace el pastor enviando sus perros á los carneros rebeldes; entonces, cediendo á esta medida de represion, los bebedores y los charlatanes concluian por volver á ocupar bien ó mal un sitio cualquiera en la fila y la procesion adelantaba algunos pasos.

Sin embargo, esta procesion que no tenia todavía cola, como se comprende tenia una cabeza; hacia las once de la mañana llegaba la cabeza á la catedral, entraba por la puerta del centro, y comenzaba á depositar sus ramos y sus velas ante el altar donde estaba espuesta la cabeza de San Genaro; despues volviendo á salir por las puertas laterales, cada uno iba á su tarea: los frailes á sus comidas, los oficiales á sus amores, las corporaciones á su siesta, los lazzaroni á buscar nuevas velas.

Y asi los demas, á medida que las masas se sucedian.

Sucediéronse las masas hasta las seis de la tarde; á las seis de la tarde la procesion comenzó á tomar una forma algo mas regular.

Primeramente vimos aparecer, precedida de ráfagas de armonía que habian llegado ya hasta nosotros entre el rumor popular, la música de los guardias reales, ejecutando los aires mas en moda de Rossini, de Mercadante y Donizetti; seguian los seminaristas con sobrepelliz y marchando de dos en dos en el mayor órden, y despues las setenta y cinco estátuas de plata de los patronos secundarios de la ciudad de Nápoles, los cuales, como hemos dicho, forman la córte de San Genaro.

A la aproximacion de estas estátuas nos esperaba otro espectáculo; nos lo habian reservado para el último, sin duda porque era el mas curioso.

Como hemos dicho, los santos que componen el acompañamiento de San Genaro, no son elegidos entre la aristocracia del calendario, sino por el contrario, entre los advenedizos de la fortuna: resulta de aqui que acerca de los elegidos de la Chaussée-d'Antin napolitana hay mucho que decir y muchas quejas que dar, y como el pueblo, repetimos, pone á San Genaro por encima de todos, y no ve á nadie ni antes ni despues de él, esos santos subordinados á su bienaventurado patron, se ven espuestos á medida que aparecen á los equívocos mas picantes y multiplicados; lo cual no tendria gran importancia para los santos, pero lo muy grave para ellos es que no hay un pecadillo de la vida pública ó privada de esos desventurados elegidos, que se libre de la censura de los espectadores. Se echa en cara á San Pablo su idolatría, á San Pedro sus traiciones, á San Agustin sus juveniles calaveradas, á Santa Teresa sus éxtasis, á San Francisco Borgia su orígen, á San Antonio su usurpacion, á San Cayetano su indolencia; y todo esto con tales términos, gritos, vociferaciones y gestos, que hacen grande honor al bondadoso carácter de los santos, y que prueban que al frente de las virtudes que les han abierto el Paraiso, marchaban la paciencia y la humildad.

Cada una de estas estátuas avanzaba llevada en hombros de seis facchini y precedida de seis sacerdotes, y cada una tambien provocaba en toda la carrera la burla prolongada y siempre creciente que hemos dicho.

Apostrofadas de esta manera, llegan por fin las estátuas á la iglesia de Santa Clara, hacen humildemente la reverencia á San Genaro, que está espuesto en el lado derecho del altar, y se retiran.

Despues de los santos va el arzobispo conducido en una rica litera, y llevando en la mano las redomitas ó vinajeras de la milagrosa sangre.

El arzobispo deposita las redomitas en el tabernáculo, y con esto concluye todo por aquel dia.

Cada uno se vuelve á sus amores, á sus placeres ó á sus negocios; únicamente las campanas no tienen descanso y continúan sonando con una alegría que se semeja á la desesperacion.

Aquel redoble universal y contínuo duró toda la noche.

A las siete de la madrugada nos levantamos; Nápoles se precipitaba en direccion de la iglesia de Santa Clara; no se trataba ya en aquella ocasion de pedir los caballos ni mandar aproximar el carruage; estaba prohibida la circulacion de todo vehículo. Bajamos nuestros dos pisos, nos detuvimos un instante á la puerta, nos abandonamos á la multitud, y nos dejamos arrastrar por el torbellino.

El torrente nos llevó directamente á la iglesia de Santa Clara. El vasto edificio estaba lleno; pero gracias á la embajada francesa habíamos adquirido papeletas reservadas. Al ver nuestro *porti distinti* nos hicieron lugar los centinelas y llegamos á nuestras tribunas.

He aqui el espectáculo que presentaba la iglesia.

Sobre el altar mayor estaban de un lado la cabeza de San Genaro, en el otro la redoma que contenia la sangre.

Un canónigo estaba de guardia delante del altar.

A derecha é izquierda del altar se habian colocado dos tribunas.

En la de la izquierda habia muchos músicos, preparados sus instrumentos, esperando á que se verificase el milagro para celebrarlo.

La tribuna de la derecha estaba llena de ancianas que se titulaban parientas de San Genaro, que se encargaban de activar el milagro si por acaso se hacia esperar.

Al pie de los escalones del altar se estendia una gran barandilla á donde iban los fieles á arrodillarse por su órden; el canónigo cogia la redoma, se la daba á besar, y les mostraba la sangre completamente coagulada; en seguida los fieles satisfechos se retiraban para hacer lugar á otros que iban á besar á su vez la redoma, á cerciorarse por su parte de la coagulacion de la sangre, retirándose en seguida para ceder tambien su sitio á sus sucesores y asi sucesivamente.

Los mismos pueden volver tres, cuatro, cinco y seis veces, tantas como quieran; pero no pueden permanecer dos veces seguidas: una vez besada la redoma, una vez cerciorados de la coagulacion de la sangre, es preciso que se retiren.

El resto de la iglesia forma un mar de cabezas humanas, que aparecen como islas llenas de mugeres, de hombres, de plumas, de cintas, de charreteras y de bandas; la tribuna de los príncipes, la tribuna de los embajadores y la tribuna *dei porti distinti*.

Príncipes, embajadores, *porti distinti*, pueden bajar de su tablado, ir á besar la redoma, cerciorarse de la coagulacion de la sangre, y volverse á su sitio: solo que durante el trayecto corren peligro de ser ahogados como simples mortales.

Lo primero que hicimos fué arrodillarnos junto á la barandilla; el canónigo de guardia nos presentó la redoma, que besamos; luego nos hizo ver la sangre seca que se mantenia adherida á las paredes.

Volvimos á ocupar nuestro sitio: Jadin dejó en el camino un faldon de su frac, y yo un pañuelo de bolsillo.

Luego esperamos.

Sucediéronse asi los pelotones desde el momento de nuestra entrada, es decir, desde las ocho de la mañana hasta las tres de la tarde. A las tres de la tarde comenzaron á oirse ciertos murmullos, y algunos mal intencionados esparcian el rumor de que el milagro no se hacia.

A eso de las tres y media aumentaron los murmullos de un modo espantoso: habia comenzado por una especie de queja y se elevaba hasta los rugidos. Las parientas de San Genaro pronunciaron algunas injurias contra el santo que asi se hacia de rogar.

A las cuatro casi era aquello un motin; se pateaba, se vociferaba, se enseñaban los puños; el canónigo de guardia (se relevaban los canónigos de hora en hora), se aproximó á la barandilla y dijo:

—Sin duda hay hereges en la reunion: que salgan los hereges ó no se verificará el milagro.

Al oir aquellas palabras, se levantó un espantoso clamoreo de todos los lados de la catedral, oyéndose los gritos de:

—¡Fuera los hereges! ¡abajo los hereges! ¡mueran los hereges!

Una docena de ingleses que estaban en las tribunas, se bajaron entonces de su tablado en medio de los gritos, de los aullidos y vociferaciones de la multitud; una partida de soldados de infantería mandada por un oficial espada en mano, los rodeó á fin de que no fuesen destrozados por el pueblo, y les acompañó fuera de la iglesia, donde no sé lo que fué de ellos.

Su espulsion produjo un momento de silencio, durante el cual la multitud conmovida y sublevada volvió á adquirir el movimiento que la llevaba hácia el altar para besar la redoma y la alejaba de él cuando la redoma habia sido besada.

Una hora pasaria en la espectativa y sin que el milagro se verificase. Durante aquella hora estuvo la multitud bastante tranquila, pero era la calma que precede á la tempestad. Pronto volvieron á comenzar los rumores, los rugidos se hicieron oir de nuevo, y resonaron algunos alaridos salvages y aislados. En fin, gritos tumultuosos, vociferaciones, gruñidos y rumores, se convirtieron en un rugido universal del que nada puede dar una idea.

El canónigo preguntó por segunda vez si habia hereges en la reunion; pero esta vez nadie respondió. Si algun desventurado inglés, ruso ó griego se hubiese denunciado respondiendo á aquel llamamiento, seguramente hubiese sido hecho pedazos, sin que ninguna fuerza militar, sin que ninguna proteccion humana hubiese podido salvarle.

Entonces las parientas de San Genaro tomaron parte. Tenia algo de repugnante ver aquellas veinte ó treinta furias del Averno arrancándose de rabia su gorra, amenazando á San Genaro con el puño, llenando de invectivas á su pariente con toda la fuerza de sus pulmones, aullando las mas groseras injurias, vociferando las mas terribles amenazas, insultando al santo en su altar como hubiera podido hacerlo un ébrio populacho con un parricida en el cadalso.

En medio de aquel tumulto infernal levantó de repente el sacerdote la redoma en el aire gritando:

—¡Gloria á San Genaro! ¡el milagro está hecho!

Todo cambió al punto.

Humillaron todos su rostro hasta la tierra.

Á las injurias, á las voces, á los gritos, á los clamores, á los rugidos, sucedieron los gemidos, los lamentos, las lágrimas y sollozos. Todo aquel populacho ébrio de alegria, se movia, se levantaba, se abrazaba esclamando: —¡Milagro, milagro! y pedia perdon á San Genaro, agitando sus pañuelos empapados en lágrimas, de los escesos á que acababa de entregarse con respecto á él.

En el mismo instante empezaron los músicos á tocar y los cantores á entonar el *Te Deum*, mientras un cañonazo disparado del fuerte de San Telmo, y cuyo estampido resonó hasta dentro de la iglesia, anunciaba á la ciudad y al mundo, *Urbi et orbe*, que el milagro estaba hecho.

En efecto, precipitóse la multitud hácia el altar, y nosotros como los demas. Así como la primera vez, nos dieron á besar la redoma; pero de perfectamente coagulada que, estaba la sangre la primera vez, se habia vuelto completamente líquida.

En esta liqüefaccion es en lo que consiste el milagro, como ya dijimos.

Efectivamente, habia allí un verdadero milagro, porque la redoma era la misma; el sacerdote no la habia tocado mas que para cogerla del altar y darla á besar á los circunstantes, y los que la habian besado no la habian perdido de vista un instante.

La liqüefaccion se habia verificado en el momento en que la redoma estaba sobre el altar y cuando el sacerdote, á diez pasos próximamente de la redoma, apostrofaba á las parientas de San Genaro.

Ahora levante su cabeza la duda para negar, eleve su voz la ciencia para contradecir; he ahí lo que pasa, he ahí lo que sucede, y lo que sucede sin misterio, sin supercheria, sin sustitucion, lo que sucede á la vista de todos. La filosofía del siglo XVIII y la química moderna se han cansado en vano: Voltaire y Lavoisier han querido morder aquella redoma, y como la serpiente de la fábula, han gastado en ella sus dientes.

Ahora bien, ¿es ese un secreto guardado por los canónigos del Tesoro y conservado de generacion en generacion, desde el siglo IV hasta nuestros dias?

Es posible; pero en este caso es preciso convenir en que esa fidelidad es mas maravillosa todavia que el milagro mismo.

Prefiero, pues, creer sencillamente en el milagro; y por mi parte declaro que creo en él.

Por la noche toda la ciudad estaba iluminada y se bailaba en las calles.

XXII.

SAN ANTONIO USURPADOR.

¿Podrá creerse despues de la popularidad de San Genaro que acabamos de referir, que como un poder terreno, como un simple rey de carne y hueso, como un Estuardo ó como un Borbon, llegó un dia en que San Genaro fuese destronado?

Preciso es añadir que fué en 99, época del destronamiento general lo mismo en la tierra que en el cielo; verdad es, que era durante ese estraño periodo en que el mismo Dios, lanzado de su paraiso, necesitó para poder aparecer en Francia bajo el título del Ser Supremo, de un permiso de la Convencion nacional firmado por Maximiliano Robespierre.

Los que duden de ello podrán, al pasar por la calle del Roule, dirigir una mirada al frontispicio de la iglesia de San Felipe; todavía leerán en él esta inscripcion mal borrada:

«El pueblo francés reconoce la existencia del Ser Supremo y la inmortalidad del alma.»

Así, pues, en 1799, como deciamos, y en el sesto siglo del patronato de San Genaro, reinando los señores Barrás, Rewbel, Gohier y otros en Francia, bajo el nombre de directores, fué cuando esto sucedió.

Hé aquí con qué motivo.

El 23 de enero de 1799, despues de una defensa de tres dias, durante los que los lazzaroni armados únicamente de piedras y palos habian hecho frente á las mejores tropas del ejército de la república, Nápoles se rindió á Championet, y gracias á una alocucion que el general en gefe habia dirigido á los napolitanos en su propio idioma, y por el que les habia probado que todo lo que pasaba era efecto de una mala inteligencia, el ejército republicano hizo su entrada en la ciudad gritando: ¡viva San Genaro! mientras que por su parte, los lazzaroni gritaban: ¡vivan los franceses!

Durante la noche se dió sepultura á cuatro mil víctimas de aquella mala inteligencia, y todo concluyó.

Sin embargo, como se concibe bien, aquella entrada, por mas fraternal que hubiese sido produjo un cambio notable en los negocios del gobierno; vencia el partido republicano: dedicóse, pues, á establecer una república, la cual tomó el nombre de república partenopea.

El dia que fué proclamada hubo un gran banquete dado por el general Championet á los miembros del nuevo gobierno en el antiguo palacio del rey, convertido en palacio nacional.

Este banquete regocijó mucho á los lazzaroni, los cuales vieron comer á sus representantes, y aseguraron que los liberales no eran antropófagos como se les habia dicho.

Al dia siguiente, el general Championet acompañado de todo su estado mayor, se trasladó con gran pompa á la catedral de Santa Clara para dar gracias á Dios por el restablecimiento de la paz, adorar la reliquia de San Genaro é implorar su proteccion para la ciudad de Nápoles, á pesar de su cambio de gobierno.

Esta ceremonia, á que asistió tanta gente cuanta podia contener la iglesia, agradó sobremanera á los lazzaroni, los cuales reconocieron, visto el silencio del santo y la devocion del general, y su estado mayor, que los franceses no eran hereges como se les habia asegurado.

A los dos dias se plantaron árboles de la libertad en todas las plazas de Nápoles, al sonido de la música militar francesa, y de la música civil napolitana.

Este ensayo de horticultura championniana elevó al mas alto grado el entusiasmo de los lazzaroni, que aman la música y adoran la sombra.

Comenzaron entonces eso que se llaman las reformas; esta fué la piedra de escándalo de la nueva república.

Aboliéronse los derechos sobre el vino, y el pueblo dejó obrar sin decir nada.

Aboliéronse los derechos sobre el tabaco, y todavía el pueblo toleró aquella abolicion.

Aboliéronse los derechos sobre la sal, y el pueblo comenzó á murmurar.

Aboliéronse los derechos sobre el pescado, y el pueblo gritó mas alto.

En fin, abolióse el título de escelencia, y el pueblo se incomodó en gran manera.

Bueno y escelente pueblo, que miraba cada abolicion de impuestos como un nuevo ultrage hecho á sus deberes, y que no obstante, no se sublevó realmente sino cuando se abolió el título de escelencia, que como él mismo decia, nada habia hecho contra el nuevo gobierno.

Desgraciadamente el nuevo gobierno para nada tuvo en cuenta las reclamaciones de los lazzaroni, y continuó sus reformas orgulloso y fuerte con el apoyo del ejército francés.

Pero este apoyo, como se comprende bien, reveló á los napolitanos que habia connivencia entre el ejército francés y el gobierno que les oprimia arrebatándoles unos despues de otros sus antiguos y sagrados impuestos. Desde entonces los franceses, combatidos primero como hereges, recibidos despues como libertadores, festejados luego como hermanos, fueron mirados como enemigos, y comenzó á esparcirse el rumor desde el castillo dell'Ovo á Cappo-di-Monte, y desde el puente de la Magdalena hasta la ruta de Pouzzoles, de que San Genaro, para castigar á la ciudad de Nápoles por la confianza que habia tenido en ellos, no haria su milagro el primer domingo del mes de mayo, como tenia costumbre de hacerlo en dicho dia hace catorce siglos.

Esta terrible noticia causó gran sensacion; todos al encontrarse se preguntaban:—¿Habeis oido decir que San Genaro no hará este año su milagro? La respuesta era:—Lo he oido decir; y los interlocutores movian la cabeza mirando al cielo y suspirando, y se separaban murmurando:

—¡La culpa es de esos tunantes franceses!

Pronto comenzó á notarse faltas en las filas á la hora de la lista. Refiriéronle el hecho al general Championet quien no dudó ni un momento hubiesen sido arrojados al mar los ausentes.

Algunos dias antes del en que debia verificarse el milagro se hallaron tres soldados muertos: uno en la calle Porta Capuana, el segundo en la de San José, y el tercero en la plaza del Mercado Nuevo.

Uno de ellos tenia todavia en el pecho metido el puñal que le habia muerto y en el mango del puñal atada esta inscripcion.

«Mueran asi todos esos hereges franceses que son causa de que San Genaro no haga su milagro!»

Vió entonces el general Championet que era muy importante para su salvacion y la del ejército que el milagro se verificase.

Decidió, pues, que de un modo ú otro se verificaria el milagro.

A medida que se aproximaba el primer domingo de mayo, las demostraciones eran cada vez mas hostiles y las amenazas mas descubiertas.

Llegó la víspera del gran dia: tuvo lugar la procesion como de costumbre; solo que en lugar de desfilar entre dos líneas de soldados napolitanos, desfiló entre una hilera de granaderos franceses y otra de tropas indígenas.

Toda la noche anduvieron patrullas, mitad de soldados de la república partenopea, y mitad de los de la república francesa. Habia para las dos naciones una misma palabra de seña franco-italiana.

Por la noche tocaron algunas campanas aisladamente; pero en lugar de ese alegre repique que les es habitual, lanzaron al aire lúgubre clamoreo. Aquel doblar recordó al general Championet el de las vísperas sicilianas; y prometió no dejarse sorprender como lo habia hecho Cárlos de Anjou.

Por la mañana todo el mundo se dirigió á la iglesia de Santa Clara con sombrío silencio. Era un contraste demasiado notable con el carácter napolitano para que no fuese observado. El general mandó estar á todos los soldados en los cuarteles; á escepcion de los hombres de servicio, dándoles órden de estar dispuestos á la primera llamada.

Pasó la mayor parte del dia sombrío y amenazador; sin embargo, como ordinariamente no se verificaba el milagro sino de tres